



Derinkuyu es una de las obras más insólitas creadas por el ser humano: una ciudad completa excavada bajo tierra, en la roca blanda de Capadocia, capaz de albergar a miles de personas. Desde fuera no se adivina nada; el terreno parece una llanura tranquila, pero bajo los pies se despliega un laberinto de niveles superpuestos que descienden más de sesenta metros. En esos niveles aparecen cocinas ennegrecidas por el humo, establos, almacenes de grano, bodegas, escuelas pequeñas y salas de reunión. La sensación al recorrerlo es la de entrar en una ciudad fantasma que conserva su estructura intacta aunque lleve siglos sin habitantes.

La vida bajo tierra no era una elección extravagante, sino una estrategia de supervivencia. Capadocia fue durante milenios un corredor de invasiones y conflictos, y sus pobladores necesitaban un refugio donde resistir largos asedios. Derinkuyu cumplía esa función con un ingenio que sorprende incluso hoy. Las entradas podían cerrarse con enormes piedras circulares que actuaban como compuertas, los pozos de ventilación proporcionaban aire fresco a cada nivel y un sistema independiente de agua aseguraba la autosuficiencia. Una investigadora sintetizó su lógica en una frase: «no es una cueva ampliada, sino una fortaleza invertida».

Lo extraordinario es que Derinkuyu no estaba sola. En toda Capadocia existen decenas de ciudades subterráneas, algunas tan extensas que incluyen kilómetros de túneles que podrían haber conectado unas con otras. Esta red formaba una especie de país bajo la superficie, una arquitectura secreta diseñada para disimularse. Quienes vivían arriba sobre los valles de tobas volcánicas jamás podrían imaginar la densidad humana que se escondía debajo, ni la actividad cotidiana que llenaba esos corredores estrechos. Hoy los visitantes que descienden a Derinkuyu experimentan una mezcla de asombro y vértigo.

Caminar por los túneles es entrar en el eco de una sociedad que trasladó su vida entera al subsuelo para sobrevivir. Cada pasillo estrecho obliga a avanzar en silencio, como si el propio lugar impusiera respeto, y cada sala excavada en la roca parece conservar la huella de quienes la usaron para cocinar, rezar o resguardarse. La iluminación moderna revela detalles que antes solo podían intuirse: marcas de herramientas, hendiduras donde se apoyaban lámparas de aceite, respiraderos que aseguran que incluso en lo más profundo el aire siga circulando. A medida que uno avanza, la imaginación reconstruye escenas domésticas y momentos de tensión histórica, recordando que estas galerías no eran un simple escondite temporal, sino un hogar extendido durante generaciones.